



Venturade la Vega

La sociedad de los trece

Pieza cómica en un acto

Personas

EL MARQUÉS DE ROSENTAL. - EL CONDE HÉCTOR. - JENARO. - MATEO.
- UN ESBIRRO. - ISELA. - CALESEROS. - ESBIRROS.

(La escena es en la posada de JENARO, en las cercanías de Nápoles)

Acto único

El teatro representa la sala baja de una posada. Cuartos numerados a un lado y otro. En el fondo el vestíbulo que da vistas al campo. Mesas, sillas, etc.

Escena primera

CALESEROS y paisanos napolitanos bebiendo y charlando alrededor de una

mesa. Junto a otra distante, MATEO con aspecto triste. JENARO en pie sirviéndolos.

CALESERO 1º. -¡Por mí, más que sean trescientos!

CALESERO 2º. -¡Ya! Tú no tienes mujer, ni hermana, ni hija...

CALESERO 1º. -Tengo mi madre...

CALESERO 2º. -Con cien años a la cola..., seguro estás de que te la vayan a robar.

CALESERO 1º. -Pues señor, dígame lo que se quiera, a mí nadie me quita de la cabeza que la que no quiere dejarse robar...

CALESERO 2º. -Estás fresco. Pregúntale, pregúntale a Mateo, (Bajando la voz.) aquel que está allí tan triste... ¡Pobrecillo!... ¡Miradle..., miradle!... (Todos le miran con compasión.)

JENARO. -Le he sacado el vino hace media hora..., y el pobrecillo, de tristeza, todavía no lo ha catado.

CALESERO 1º. -Que te diga él si existe la sociedad de los trece.

CALESERO 2º. -¡Calla!... ¿También a ese lo han robado?... ¡Qué mal gusto tienen los trece!

CALESERO 2º. - ¡No, tonto! Le han robado su novia.

CALESERO 1º. -¡Ah!... (Siguen hablando en voz baja.)

Escena II

Dichos, EL MARQUÉS.

MARQUÉS. -¡Hola!... ¡Patrón!... ¡Muchacho!

JENARO. -¡Oh! Bien venido, señor marqués.

MARQUÉS. -¿Tú me conoces?

JENARO. -¿Quién no conoce en Nápoles y sus cercanías al señor marqués de Rosental, general de la guardia del rey y dueño de ese castillo que se divisa allá abajo a una milla de Nápoles?

MARQUÉS. -¿No es esta la posada donde paran comúnmente las calesas que vienen de Nápoles?

JENARO. -Sí, señor: aquí paran todas.

MARQUÉS. -Bien: Pues para esta noche necesito que dispongas una cena magnífica. Oye: trece cubiertos.

JENARO. -Al momento voy a dar las órdenes...

MARQUÉS. -Escucha. Necesito además un cuarto.

JENARO. -Voy a prepararlo.

MARQUÉS. -Oye. Un cuarto que tenga vistas al camino real. (Aparte.) Así estaré de atalaya y la veré venir: aquí la pillo sin remedio, y gano la cena.

LOS CALESEROS. -(Que han ido animándose con el relato de su compañero, dando golpes en la mesa indignados.) ¡Qué infamia!... ¡Qué picardía!...

JENARO. -(Llegándose a ellos.) ¡Eh, señores, silencio!

MARQUÉS. -¿Qué es eso?

JENARO. -Nada, señor marqués: son caleseros napolitanos... Estaban hablando de esa sociedad de los trece...

MARQUÉS. -¡Hola! ¿De los trece?... ¿Y qué, qué cuentan?

JENARO. -¡Oh!... ¡Cosas espantosas!... ¿No sabéis?...

MARQUÉS. -¿Quién, yo?... No, no sé nada. (Acercándose a ellos.) Contad, contad, muchachos.

JENARO. -Pues parece ser que en Nápoles se han reunido trece

señoritos de lo más rico y más empingorotado de la corte, y han formado una especie de sociedad secreta...

MARQUÉS. -¡Hombre!... ¿Estás en tu juicio?...

JENARO. -¿Para qué diréis?... Para camelar muchachas y tener francachelas. Ponen dos de ellos, verbi-gracia, los puntos a una joven, y el que queda vencido paga una comilona para los demás.

MARQUÉS. -(Riendo.) ¿Es posible?

TODOS. -¡Sí, señor!

JENARO. -Y lo peor del cuento es que los maldecidos siempre se dirigen a las muchachas del pueblo..., de manera que los que tenemos novia estamos que no nos llega la camisa al cuerpo..., porque a lo mejor..., ¡pif!..., desaparece..., arman un enredo y la roban.

MARQUÉS. -(Riendo.) ¡Vamos, vamos!... ¡No será tanto!...

CALESERO 2º. -Sí, señor, señor marqués. Y si no..., mirad..., ¿veis allí al pobre Mateo?... Pues él os dirá... (Llamándole.) ¡Mateo..., Mateo!...

JENARO. -(Yendo a traerlo.) ¡Ven a contarle al señor marqués de Rosental!...

MATEO. -(Haciendo pucheros.) ¡Ji, ji, ji!...

MARQUÉS. -¿Qué ha sido eso, hombre?

JENARO. -Este pobre tenía una novia..., ya se iban a casar..., y la otra mañana va a verla y se encuentra...

MARQUÉS. -¿A quién?

MATEO. -¡Ji, ji!... ¡A nadie!

MARQUÉS. -¡Cómo!

JENARO. -¡Se la habían robado!

MARQUÉS. -¿Quién, quién?...

MATEO. -¡Ji, ji!...

JENARO. -¡Uno de los trece!

MATEO. -¡Ji, ji!... ¡Es verdad!...

MARQUÉS. -¿Era una muchacha rubia? ¿Una modista?

MATEO. -¡Ji, ji!... ¡Sí, señor!

MARQUÉS. -(Aparte, riendo.) Ya caigo... Me costó una comida...

JENARO. -¿Cómo, sabéis?...

MARQUÉS. -¡Oh!... ¡Quién ignora en Nápoles ese lance!...

MATEO. -¡Ji, ji!...

JENARO. -Está inconsolable.

MARQUÉS. -(Dándole un bolsillo.) ¡Vamos, toma, y qué diablo!... ¡Pecho al agua!

MATEO. -(Entre llanto y risa.) ¡Ji, ji, ji!...

MARQUÉS. -¡Ahí tienes cien ducados!...

TODOS. -¡Cien ducados!...

MATEO. -(Contándolos.) ¡Ji, ji, ji!... Muchas gracias...

MARQUÉS. -(Echando unos ducados en la mesa.) Y ahí tenéis vosotros para beber a la salud de la sociedad de los trece.

MATEO Y LOS CALESEROS. -(Levantándose.) ¡Gracias..., gracias..., señor marqués!... (Vanse por el foro con muestras de júbilo.)

Escena III

EL MARQUÉS, JENARO.

MARQUÉS. -(Aparte.) ¡Y que hablen todavía mal de nosotros!... ¡Cuánto

no le debe ese muchacho a la sociedad de los trece! Tener un capital de cien ducados..., y quedarse sin mujer. «¡Mirad con quién y sin quién!», como dice un poeta.

JENARO. -(Volviendo del foro.) Mi padre sentirá mucho, señor marqués, no haber estado para recibiros..., ha ido a la ciudad por provisiones... ¿Pero cómo es que el señor marqués viene a honrar nuestra posada?...

MARQUÉS. -¿No sabes que el rey va a casarse, y que de esta noche a mañana se espera en Nápoles a la princesa que ha de ser nuestra reina?

JENARO. -Ya lo sé.

MARQUÉS. -Pues bien: a mí me han dado el mando de la guardia de honor que ha de acompañarla hasta palacio, y está apostada más adelante. Entretanto, aquí quiero descansar.

JENARO. -¡Ya!

MARQUÉS. -Esto es, si no te opones...

JENARO. -¡Ay, señor marqués, al contrario! justamente tenía yo que pedir un favor...

MARQUÉS. -¿Tú?... Dímelo pues..., entretanto que me haces disponer una taza de café que quiero ir a tomar a la azotea. (Aparte. Mientras JENARO va a dar el recado.) Desde allí se domina el camino real, y puedo examinar todas las calesas que vengan de Nápoles..., de modo, que en cuanto llegue la chica empiezo mi plan de campaña. (A JENARO.) Vamos, di.

JENARO. -Pues señor, es el caso que Luis, vuestro cochero, me ha dicho que sois amigo del coronel de los lanceros...

MARQUÉS. -¿El conde Héctor?... Es verdad..., y has de saber que es uno de los miembros de la sociedad de los trece, de que hablábamos antes.

JENARO. -¡Ave María Purísima!... ¿También entre esos calaveras hay coroneles de lanceros?

MARQUÉS. -¡Hay de todo! Allí en siendo buen mozo y emprendedor no se exige más. Ahora va a haber una plaza vacante..., un desertor..., un mal hermano que ha dado en casarse. ¿Querías tú reemplazarle y recibirte en los trece?

JENARO. -¡No, señor, no señor!...; pero en los lanceros sí. El otro día fui a alistarme; pero según parece, hasta para entrar de soldado en ese cuerpo se necesita protección...

MARQUÉS. -¿Y para qué diablo quieres tú ser soldado?

JENARO. -¡Porque estoy desesperado..., sí, señor! porque mi padre no me deja casar.

MARQUÉS. -¿Y porqué?

JENARO. -Porque como es rico, se ha hecho avaro..., y quiere que la novia tenga dote...

MARQUÉS. -¿Y tu novia no lo tiene?

JENARO. -No, señor. Y es lo único que le falta..., porque lo demás... Es una muchacha sola, huérfana..., que nunca ha conocido padres..., ni sabe quiénes son...; ¡pero es más linda que un sol!

MARQUÉS. -¡Hola!... (Aparte.) ¡Bueno es saberlo! -¿Y quién es?

JENARO. -Es una costurera.

MARQUÉS. -(Aparte.) ¡Bueno! Precisamente el género que explotamos. -¿Y dónde vive?

JENARO. -En la calle de Toledo, número 6...

MARQUÉS. -(Sorprendido) ¡Cómo!... ¿Y su nombre?

JENARO. -Tan bonito como ella: se llama Isela.

MARQUÉS. -(Aparte.) ¡Oh! ¡La misma!... ¡La que estoy esperando!

JENARO. -¿La conocéis vos?

MARQUÉS. -¡No por cierto! Pero te aviso que he oído decir que el conde Héctor, de quien tú me hablabas antes, andaba tras ella...

JENARO. -¿Mi coronel?

MARQUÉS. -Sí..., y también que tiene hecha una apuesta con uno de sus amigos..., uno de la sociedad, que se la quiere disputar..., un guapo mozo... (Aparte.) Ese soy yo.

JENARO. -¡Oh!... Pues en cuanto a eso, los dos pierden el tiempo... No los temo... porque muchacha más lista y más virtuosa...

MARQUÉS. -(Aparte.) Eso lo veremos.

JENARO. -¡Y qué talento!... ¡Vaya un talento!...

MARQUÉS. -¿De veras?

JENARO. -¡Y una penetración!... Como que los domingos y fiestas de guardar, los pasa todos leyendo novelas... Así se ha instruido..., y tiene unos arranques... El otro día, sin ir más lejos, cuando fui a decirle que mi padre se oponía a nuestro casamiento, la dio un síncope que la duró dos horas... ¿Qué tal? ¿Es eso cariño? Y así que volvió en sí me echó a la calle, y me dijo que no la volviera a ver. Conque, estoy resuelto: si no queréis que entre en los lanceros, ponedme en otro regimiento...

MARQUÉS. -(Con malicia.) Sí, en otro..., no tengas cuidado..., yo te pondré en otro... más numeroso... y más pacífico... Ahora mismo, mientras tomo café, voy a pensar en tu colocación...

JENARO. -Muchas gracias por el favor que me vais a hacer...

MARQUÉS. -(Yéndose riendo.) ¡No hay de qué!... No sabes tú el gusto que yo tendré en conseguirlo...

Escena IV

JENARO.

¡Ah, ah! ¡Yo le diré a mi padre cuantas son cinco! ¿No quiere novias para mí sino con mil ducados de dote? Pues bien: seré soldado: dormiré a la intemperie, comeré pan de munición... Esto puede que le ablande; y aunque mi Isela no tiene los mil ducados de dote, puede que consienta, por no verme de soldado. (Prestando el oído.) Otra calesa llega: ¿quién será?... Vamos a ver... Aquí viene el calesero.

Escena V

JENARO, EL CONDE, disfrazado de calesero.

JENARO. -(Aparte.) ¡Qué veo!... ¡San Jenaro bendito!... El conde Héctor..., ¡mi futuro coronel, disfrazado de calesero!... ¿Qué significa esto?

CONDE. -(Restallando el látigo.) ¡Hola!..., ¡eh!..., muchacho..., camarada... vamos aquí.

JENARO. -¿Qué mandáis?

CONDE. -Un cuarto...

JENARO. -Corriente. (Aparte.) ¡Es de la sociedad de los trece!... ¡Vamos, con ese disfraz habrá engañado a alguna pobre muchacha y se la trae en su calesa! ¡Esto es! (Mirando por el foro.) ¡Ay, Dios mío!... ¡Es Isela!, ¡mi novia!, ¡qué horror!... ¡Ya me llegó mi vez!

CONDE. -Oye: una buena comida... para dos.

JENARO. -¡Para dos! (Aparte.) ¡Ya están de inteligencia!...

CONDE. -Sí; el buen calesero no deja nunca solos a sus viajeros. Buena malvasía... y lo que pida la señora... sin reparar en el precio.

JENARO. -(Aparte.) ¡Eso es! Y con el vinillo.

CONDE. -Ya viene aquí. ¡Vamos pronto, voto al!...

JENARO. -Ya van, ya van... (Aparte.) ¡No los perderé de vista!

Escena VI

EL CONDE, ISELA.

ISELA. -¡Jesús, qué aspecto tan tosco de posada!... ¡Se parece a la que describe la novela de la caverna encantada!

CONDE. -¿Y quién tiene la culpa, patroncita?... Yo os dije que era mejor seguir hasta... pues. Pero vos os empeñasteis en parar a comer aquí.

ISELA. -¡Calesero!... Cuando os ajusté y me metí en vuestra calesa, que es un verdadero potro, ¿no convinimos en que se había de parar donde yo quisiera? (Aparte, mirando alrededor.) ¡Y no veo por aquí a Jenaro!... Pues no hay duda: esta es la posada de su padre. -Tengo aquí unas cuentas pendientes..., y sabed, calesero, que aunque yo sea costurera, no por eso tengo menos derechos por mi sexo a la consideración de los hombres que por ser caleseros no deben despojarse de aquella cortesanía y delicadeza que Dios manda.

CONDE. -(Aparte.) ¡Sóplate esa arenga! ¡Es tan tonta como linda!

JENARO. -(Entreabriendo la puerta.) Desde aquí los escucharé mejor.

ISELA. -Así pues, querido mío...

JENARO. -(Aparte.) ¡Su querido!

ISELA. -Ya sabéis lo pactado entre los dos.

JENARO. -(Aparte.) ¡Qué habrán pactado!

ISELA. -Si os he dado la preferencia sobre los demás, es porque me habéis prometido ser complaciente conmigo y obedecerme en todo...

JENARO. -(Aparte.) Ya están arreglados... Le pone sus condiciones.

ISELA. -Vos no podéis quejaros de mí... Os he dado lo que me habéis pedido...

JENARO. -(Cerrando la puerta de golpe.) ¡Ah, infame!

ISELA. -(Asustada.) ¡Ay, Dios mío!

CONDE. -¡Qué es eso!

ISELA. -Nada..., nada... (Aparte.) ¡Se me ha figurado su voz!

CONDE. -¿Qué tenéis?

ISELA. -Una palpitación..., los nervios...

CONDE. -¿Padecéis accidentes?...

ISELA. -¡Oh, sí!... ¡Soy tan impresionable!... (Aparte.) ¿Si sería

él?

CONDE. -Pues entonces mejor será que entréis a descansar un poco en el cuarto.

ISELA. -Mejor será.

CONDE. -¡Vamos... apoyaos en mi brazo... firme!..., ¡Pobre patroncita..., que se nos pone mala!

Escena VII

JENARO. Luego, el MARQUÉS.

JENARO. -(Saliendo del gabinete.) ¡Y se van juntos!... ¡Y al mismo cuarto!... ¡Ciertos son los toros!

MARQUÉS. -(Aparte.) Se me figuró que no venía mujer ninguna en esa calesa; pero bueno será informarme...

JENARO. -¡Ay, señor marqués de mi alma!

MARQUÉS. -¿Qué hay?

JENARO. -¡Mi novia..., la que os dije antes..., está aquí!

MARQUÉS. -¿Aquí? (Aparte.) ¡Era su calesa!... ¡Qué felicidad!... Ya le he ganado la apuesta al conde.

JENARO. -Ahora sí que necesito vuestra protección... Ese amigo vuestro..., ese coronel...

MARQUÉS. -¿Que te reciba en los lanceros?... Bien, veremos.

JENARO. -No, señor; no quiero nada con él: es un seductor que me ha robado mi novia.

MARQUÉS. -¿Cómo!

JENARO. -Sí, señor, lo he conocido, aunque está disfrazado de calesero.

MARQUÉS. -¿De calesero? ¡Qué intriga infernal!... (Aparte.) ¡Ay, si yo hubiera caído en ello!...

JENARO. -Y la ha robado.

MARQUÉS. -¿Por fuerza?

JENARO. -¡Ojalá!... Eso me consolaría. ¡Pero lo peor es que están de acuerdo!

MARQUÉS. -¡Tan pronto!... ¿Pues cómo?... ¿Y aquella virtud, aquella severidad con que te puso en la calle?...

JENARO. -¡Quién sabe!... Puede que la agotara toda conmigo.

MARQUÉS. -¡Oh! ¡Es una infamia..., una picardía!... ¿Y dónde están?

JENARO. -¡Allí... en aquel cuarto..., ¡y juntos!..., ¡y solos!...

MARQUÉS. -¡Solos!... ¡Qué escándalo!... Es preciso separarlos al momento y a toda costa.

JENARO. -¡Qué buen corazón!

MARQUÉS. -Si yo consiguiera quitarme de encima..., digo, quitarte de encima al conde..., alejarlo de Isela diez minutos no más...

JENARO. -¿Para qué?

MARQUÉS. -Para advertirla del peligro que la amenaza..., para volverla al sendero de la virtud...

JENARO. -¡En diez minutos!... ¿Y cuando el otro volviese ya estaría en salvo?

MARQUÉS. -Sí, en salvo... (Aparte.) conmigo.

JENARO. -¡Esto es lo que se llama un señor benéfico y honrado!... Pues bien; si yo puedo ayudar...

MARQUÉS. -Calla, que aquí viene. Vete, y piensa algún ardid para apartarlo de aquí...

JENARO. -Voy, voy... ¡o pierdo el nombre que tengo u os proporciono que habléis con mi novia!

MARQUÉS. -¡Eso, eso!

Escena VIII

EL CONDE, EL MARQUÉS.

CONDE. -(A la puerta.) Bien, patroncita, bien..., voy a buscarlo. ¿Qué diablos querrá hablar con el hijo del posadero? Alguna cuenta...

MARQUÉS. -¡Qué es lo que veo!... ¡Héctor!...

CONDE. -¡Eduardo!... (Aparte.) Maldita sea su estampa... -¡Amigo mío!...

MARQUÉS. -¿Qué hacéis aquí, querido?

CONDE. ¿Y vos, carísimo?... ¿No mandáis la guardia de honor de la reina que esperamos?

MARQUÉS. -¡Hola! ¿Cómo lo sabéis?

CONDE. -(Inclinándose.) Porque debéis a mi amistad tan honrosa distinción. El ministro de la guerra vacilaba, y yo os indiqué a S. E....

MARQUÉS. -¡Ya!... Para tenerme lejos de Nápoles dos días y acaso más.

CONDE. -Y qué es esto comparado con el honor que os resulta... y la gran cruz que luego es de rigor... Pero os aconsejo que no os estéis aquí..., id a reuniros a la guardia: mirad que la reina va a llegar de un momento a otro.

MARQUÉS. -Mil gracias por el consejo...; pero no os dé cuidado..., no caeré en falta..., me avisarán.

CONDE. -¿Cómo?

MARQUÉS. -Tengo varios cornetas apostados de trecho en trecho, y al oír tocar monto a caballo. Si vos estuvierais de uniforme, os rogaría que partieseis conmigo el honor de acompañar a S. M.; pero con ese traje de calesero...

CONDE. -Estoy ahora adiestrándome en guiar caballos desde el pescante... Es la moda...

MARQUÉS. -¡Vamos, vamos!...

CONDE. -Sí: moda inglesa...

MARQUÉS. -¡Vamos, vamos!... Lo sé todo, amigo mío: está en aquel cuarto.

CONDE. -Pues ya que lo sabéis, os daré cuenta de mi triunfo. Tuve una idea admirable, diabólica..., una idea digna de vos. Ayer al salir de nuestra sesión de los trece me iba yo a casa cavilando en nuestra apuesta sobre esa muchacha que me queréis disputar..., cuando al atravesar la plaza me veo a la linda costurera rodeada de caleseros y entrando con ellos en ajuste. Me acerco, y oigo que al fin deja cerrado el trato con uno de ellos para que la llevase hoy... a una quinta..., no sé a cuántas millas de Nápoles.

MARQUÉS. -Todo eso lo sabía yo.

CONDE. -Donde iba a coser una temporada... y con la condición de detenerse a comer aquí...

MARQUÉS. -Lo sabía; por eso estaba yo aquí esperándola.

CONDE. -Mejor lo he hecho yo.

MARQUÉS. -¿Habéis marchado con ella?

CONDE. -Justo: así que ella se va, me llevo al calesero, y sin regatear lo alquilo todo, traje, nombre, calesa, caballos, y hasta la viajera, se entiende; y hoy a la hora convenida me presento a ella con todo descaro.

MARQUÉS. -¿Y cómo os tomó por el otro?

CONDE. -Nada de eso. Le dije que mi compañero había caído malo, y me enviaba en su lugar: esto con aquel desenfado, aquel aplomo, aquella desvergüenza que nos prescribe el artículo 3.º de nuestro reglamento...

MARQUÉS. -¡Y que vos poseéis en tan alto grado!

CONDE. -¡Oh..., y vos! Además, al despedirse de sus amigas oí que les dijo: chicas, he ganado: este calesero es mejor mozo que el otro.

MARQUÉS. -¿Eso dijo?

CONDE. -Y este buen agüero, puedo afirmaros que no se ha desmentido

en lo que va de viaje.

MARQUÉS. -¡Cómo!... ¿Os habéis declarado?

CONDE. -Ni por pienso... Eso era destruir las ventajas que me ofrecía mi posición. Las viajeras nunca recelan del calesero; se sientan a su lado..., conversan con él..., se recuestan en su hombro..., cada vaivén es un abrazo..., ¡y como, gracias a la escasez del erario, los caminos son tan malos!..., luego al apearse..., el estribo es alto..., y ya se ve, tengo que bajarla en brazos... Al subir..., siempre se descubre el pie, y... ¡oh!, ¡y lo tiene precioso, precioso!...

MARQUÉS. -(Cargado.) Pues bien: ese es un lazo pérfido..., y yo no puedo dejarla expuesta por más tiempo a semejante peligro: yo la salvaré.

CONDE. -¿Cómo?

MARQUÉS. -Diciéndole quién sois..., indicándole las redes que se le tienden.

CONDE. -Bien, hacedlo; y yo por mi parte le advertiré también de vuestras intenciones.

MARQUÉS. -La descubriré vuestros proyectos.

CONDE. -Y yo los vuestros.

MARQUÉS. -Perderéis vuestra apuesta.

CONDE. -Y vos no la ganaréis.

MARQUÉS. -Es verdad..., sólo lograremos anularnos mutuamente..., y yo que tengo convidados a nuestros compañeros a una cena para esta noche... y también a vos..., tendréis en vuestra casa la esquila...

CONDE. -¿Sí?

MARQUÉS. -Creyéndome seguro del triunfo, he mandado disponer aquí trece cubiertos..., que vos debíais pagar.

CONDE. -No hay nada perdido, los pagaréis vos.

MARQUÉS. -Yo no.

CONDE. -¡Lo veremos!

MARQUÉS. -¡Lo veremos!

CONDE. -¡Corriente!

MARQUÉS. -¡Pues corriente!... Primero consiento en que la perdamos los dos.

CONDE. -¡Ea! No hay que enfadarnos: tratemos esta calaverada con toda la legalidad posible, y hagamos de buena fe y con arreglo al espíritu y letra de nuestro reglamento un convenio mutuo.

MARQUÉS. -¿Cuál?

CONDE. -Ninguno de los dos podrá desmentir ni descubrir directa ni indirectamente las estratagemas, embrollos y mentiras que el otro invente; quedando únicamente a su arbitrio el vencerle con otra estratagema, embrollo o mentira superior.

MARQUÉS. -Convenidos: una compañía de seguros mutuos...

CONDE. -Para engañar a pública subasta. Empecemos, pues, porque vos no le diréis quién soy.

MARQUÉS. -¡Palabra de honor!

CONDE. -Bien. Por ahora la ventaja es mía.

MARQUÉS. -Hasta que yo os la quite.

CONDE. -Dificilillo es... Yo no me he de separar ni un minuto de la muchacha...

Escena IX

Dichos, JENARO, UN ESBIRRO.

JENARO. -(Al CONDE.) ¡Pronto, pronto..., despachaos, amigo! Os mandan comparecer...

CONDE. -¿Dónde?

JENARO. -A la policía... Ahí tenéis un esbirro que os viene a buscar.

CONDE. -¿Qué tengo yo que ver con la policía?

JENARO. -¡Ya!... Pero ella tiene que ver con vos: os han denunciado como sospechoso..., como calesero de contrabando... (Aparte al MARQUÉS.) He sido yo.

MARQUÉS. -(Aparte a JENARO.) ¡Magnífico!

CONDE. -¿Qué pueden decir de mí? ¿Mi calesa no es sólida y bien acondicionada?

JENARO. -¡La calesa! ¿Pensáis que eso basta para ser calesero? No, señor; la calesa es lo de menos: lo primero que hay que tener es la patente, por cuanto vos...

CONDE. -(Aparte.) ¡Qué diablo de olvido!...

MARQUÉS. -(Con gravedad burlesca.) ¡Oh, amigo!... ¡La patente!... Si no tenéis patente...

JENARO. -Ya los esbirros os han embargado las mulas y las han llevado a la policía.

CONDE. -¡Mis mulas a la policía!

MARQUÉS. -No os dé cuidado por ellas... Allí no extrañarán la compañía.

ESBIRRO. -Si no os despacháis, tengo orden de prenderos.

CONDE. -¡Prenderme!... ¿Y los viajeros se han de quedar aquí? Esa señora...

MARQUÉS. -Descuidad: yo la llevaré en mi birlocho...

CONDE. -¡Gracias!... ¡No, señor, no!... Voy en un brinco a la policía. (Aparte.) ¡Y dejo aquí al enemigo dueño del campo!... ¿Qué haré? ¡Ah, qué feliz idea! Yo le haré montar a caballo ahora mismo y alejarse una legua de aquí. (Al esbirro.) Vamos, vamos a la policía. (Vase de prisa.)

Escena X

JENARO, EL MARQUÉS, EL ESBIRRO.

JENARO. -(Loco de gozo.) ¡No os dije yo que le alejaría de aquí!... ¡Oh, cuando yo me propongo una cosa!...

MARQUÉS. -Sí, pero eso no basta. (Al esbirro que iba a marchar.) ¡Eh!, dos palabras: ese calesero es sospechoso: decídselo así al jefe de policía; que se lo aviso yo, el marqués de Rosental, comandante de la guardia de honor que está esperando a la reina; su presencia en este punto, que es el camino que trae S. M., me infunde recelos, y así pedidle en mi nombre que lo deje arrestado hasta que yo pase a verme con él.

ESBIRRO. -Está bien, señor general: quedará arrestado.

MARQUÉS. -Que se le vigile bien, no se escape.

ESBIRRO. -No se escapará; irá a un encierro, y si es inocente...

MARQUÉS. -Eso tiempo hay luego de averiguarlo.

ESBIRRO. -Es verdad. (Saluda y se va.)

Escena XI

EL MARQUÉS, JENARO. Luego, ISELA.

MARQUÉS. -¿Qué tal?

JENARO. -¡Sois mi salvador!

MARQUÉS. -Ahora a ver a Isela...

JENARO. -Eso es..., entrad en su cuarto..., decidle la verdad... Más os ha de creer a vos que a mí.

ISELA. -(Saliendo del cuarto.) Y este calesero que no me envía a Jenaro... ¡Ah... Aquí está!

JENARO. -(Aparte al MARQUÉS.) ¡Miradla... miradla!... ¡Yo estoy temblando como la hoja en el árbol!

MARQUÉS. -(Aparte a JENARO.) Tú no debes hablarla...

ISELA. -(Aparte.) ¡Qué es esto! ¡Me ha visto y no viene a hablarme!

MARQUÉS. -(Aparte a JENARO.) Vete, vete... Tú debes manifestarte resentido..., y si la hablas lo echas a perder...

JENARO. -(Aparte al MARQUÉS.) ¡Confío en vos!... Contádselo todo..., habladla de mi amor...

ISELA. -(Llamándole con empacho.) ¡Ce!... ¡Ce!...

JENARO. -(Queriendo ir hacia ella.) ¡Creo que me llama!...

MARQUÉS. -(Deteniéndole.) No tal, no tal...

JENARO. -Sí, señor...

MARQUÉS. -¡Hombre, no!

ISELA. -(Con tono sentimental.) ¡Y no responde a mi voz... el ingrato!... (Con despecho y en tono de llamar a un mozo.) ¡Eh..., mozo... mozo!...

JENARO. -(Yendo hacia ella.) ¡Señora!

ISELA. -Venid aquí, (Muchas voces dentro.) ¡Hola!... ¡eh!... ¡Jenaro..., Jenaro!

MARQUÉS. -(Aparte a JENARO.) Que te llaman ahí fuera los parroquianos.

JENARO. -No, señor...

MARQUÉS. -Sí, ¿no lo oyes?

JENARO. -No lo oigo.

MARQUÉS. -Sí, anda: déjame a mí con ella, que te la pondré como un guante.

ISELA. -(Impaciente.) Mozo..., ¿no oyes que llamo?

JENARO. -(Acercándose.) Es que...

ISELA. -¡Será preciso echaros memorial!...

MARQUÉS. -(Poniéndose entre los dos.) Es que lo están llamando ahí fuera los parroquianos...

ISELA. -Pues que esperen.

JENARO. -(Queriendo fingir resentimiento.) No, señora..., me voy; pero aquí queda este caballero; y él os dirá lo que hace al caso: podéis oírle como a un oráculo. Adiós. (Yéndose.)

MARQUÉS. -(Aparte.) ¡Gracias a Dios!... ¡Me deja solo! Yo triunfo. (Óyese a lo lejos sonar una corneta.) ¡Dios!... ¡Este es el aviso!... ¡La reina llega!... ¡Tengo que marchar, y la dejo aquí con el novio!... ¡Malhaya mi suerte!...

Escena XII

Dichos, EL ESBIRRO, seguido de otros.

ESBIRRO. -Perdonad: el jefe de policía os pide que paséis allá a declarar acerca del preso...

MARQUÉS. -¡Imposible! Esa corneta me avisa que la reina se acerca, y

tengo que ir volando a recibirla... Pero escuchad: aquí tenéis a Jenaro, que sabe aún más que yo acerca de ese negocio: lleváosle de grado o por fuerza, y hacedle que declare o encerradlo.

ESBIRRO. -(Rodeando con los demás a JENARO.) Vamos, Sr. Jenaro.

JENARO. -¡Yo!...

ESBIRRO. -Vamos pronto. (Se le llevan a la fuerza.)

JENARO. -Pero si yo...

ESBIRRO. -Vamos..., vamos...

MARQUÉS. -¡Niña hermosa! Esperadme aquí..., porque os advierto... (Vuelve a sonar la corneta.) No puedo ahora... ¡Maldita!... (Vase corriendo.)

ISELA. -(Asombrada.) ¡Qué laberinto es este!

Escena XIII

ISELA.

¡Jenaro ingrato! Indigno de poseer este corazón tierno y sensible. ¡Vaya!... Después que me detengo aquí por verte..., perdiendo medio jornal de salario..., ¡evitas mi presencia!... Y por fin, cuando hace el destino propicio que te eche la vista encima... ¡huyes de mí, ingrato!... ¡Y te vas con los esbirros!... Pues yo también iré: sí, me iré a derramar lágrimas... sobre la costura; pero sostendré mi dignidad, ¡no volveré a verte! (Se sienta llorando.)

Escena XIV

ISELA, EL CONDE, saliendo por el foro.

CONDE. -He trabajado como un negro para persuadir a ese maldito jefe de la policía que me soltase. Me he visto obligado a descubrirme y hacer constar mi nombre y mis títulos... Pero el bueno del marqués no se ha salido con la suya; porque así que vi en el armero del cuerpo de guardia una corneta, se me ocurrió la feliz idea de darle el aviso, y ya irá por esos caminos echando centellas; con todo, no sea el diablo que viendo el engaño se vuelva aquí a escape..., no es más que una legua... Sí, sí, despachémonos a marchar con la muchacha. -Patroncita, ¿nos vamos? A los viajeros no se les da más que media hora, y ya hace dos muy largas que estamos por acá. Conque... ¿marchamos?

ISELA. -Cuando gustéis.

CONDE. -Voy a enganchar.

Escena XV

ISELA, EL MARQUÉS.

MARQUÉS. -(En el foro.) ¡Ella es!... Aún no se ha marchado. ¡Ah, condesito mío!... ¡Ya me la pagaréis! La reina no llega hasta mañana y tengo toda la noche por mía.

ISELA. -¡No hay remedio..., marchémonos!

MARQUÉS. -(Aparte.) ¡Qué oigo!... Manos a la obra. (Mirando afuera y dando voces.) ¡Bestias!... ¡Animales!... La culpa la tengo yo...

ISELA. -El militar de antes. -¿A quién reñís, caballero?

MARQUÉS. -A los mozos de esta posada..., a Jenaro.

ISELA. -¿A Jenaro?

MARQUÉS. -Pues. ¡No responde a nada!

ISELA. -Es verdad.

MARQUÉS. -¡Es un menguado!

ISELA. -Algo hay de eso.

MARQUÉS. -Todos los días está yendo a Nápoles... y no sabe darme señas de una persona que vive en la calle de Toledo...

ISELA. -¿Calle de Toledo?... Allí vivo yo... y conozco casi todo el barrio... Puede que yo os diera noticias..., si no tenéis reparo en decirme...

MARQUÉS. -No, no es ningún misterio: habéis de saber que yo habito, en compañía de mi tía, un castillo que se divisa desde aquí.

ISELA. -¿Aquel famoso castillo?

MARQUÉS. -Pues. Esperamos de un momento a otro una prima hermana mía que va a casarse, y somos sus padrinos... Hay que disponérselo todo: vestidos, adornos, ropa blanca; allí están ya las telas. Mi tía ha oído elogiar mucho a una costurera..., a una joven artista en costura..., y se ha empeñado en que ella y no otra lo ha de hacer todo. Como no hay más remedio que darla gusto..., he tomado mi birlocho y voy a buscarla para que se venga a pasar tres meses al castillo, ganando lo que quiera..., mil ducados..., y más, si más me pide.

ISELA. -(Aparte.) ¡Mil ducados!... justito lo que yo necesitaba para el dote. ¡Hay mujeres con una suerte!... -¿Y el nombre, caballero, el nombre de esa artista?

MARQUÉS. -Un nombre muy bonito; se llama Is..., Is..., Is...

ISELA. -¿Isela tal vez?... ¿Junto a la fuente, número 6, cuarto entresuelo, persianas verdes?

MARQUÉS. -Justamente.

ISELA. -¡Jesús, qué casualidad!

MARQUÉS. -¿La conocéis? Entonces me haréis el gusto de decirme si efectivamente merece los elogios que se la prodigan.

ISELA. -Mi modestia no me lo permite, caballero..., porque..., porque... soy yo.

MARQUÉS. -¿Vos, señorita? ¡Vaya, vaya!

ISELA. -¿Cómo vaya, vaya!

MARQUÉS. -Señorita, mi tía es una persona de principios demasiado rígidos para que yo la vaya a llevar... así... la primera aventurera...

ISELA. -Aquí no hay aventurera que valga..., os digo que soy yo misma.

MARQUÉS. -¡Ya!... Vos lo decís..., lo decís..., pero es preciso pruebas; porque habéis de saber que lo que más nos ha decidido a preferir a esa Isela es el saber que goza una reputación...

ISELA. -¿Intacta?... ¡Pues sí, señor, esa soy yo; todo Nápoles me conoce, aunque me esté mal el decirlo, por la solidez de mis principios... y de mis puntadas.

MARQUÉS. -Veamos, Yo traigo señas individuales de la joven, y no puedo engañarme. En primer lugar, muy bonito cuerpo.

ISELA. -(Bajando los ojos.) A la vista está.

MARQUÉS. -Sí..., hasta ahora va bien. Una mano muy torneada y muy blanca.

ISELA. -(Alargándola.) Yo no sé...

MARQUÉS. -(Tomándola la mano.) Está conforme. Unos ojos expresivos.

ISELA. -(Echándole una mirada.) Vos lo diréis.

MARQUÉS. -Exacto..., exactísimo... Tiene además... (Va a darla un abrazo.)

ISELA. -¡Vaya..., si el registro ha de ser tan minucioso no acabaremos hoy!

MARQUÉS. -Es verdad; basta, basta. Me fío en vos... y cuento con que no abusaréis de mi credulidad...

ISELA. -Soy incapaz de ello.

MARQUÉS. -El caso es que os necesitamos hoy mismo, y... ya se ve..., vos con esa fama tendréis mucha obra entre manos y...

ISELA. -La verdad es que, gracias a Dios, no me falta que hacer... Ahora mismo iba a una quinta a coser por temporada...; pero si es tal vuestro compromiso...

MARQUÉS. -¡Oh, artista amable!... ¿Nos dais la preferencia?

ISELA. -Estoy a vuestras órdenes.

MARQUÉS. -(Aparte.) ¡Victoria! ¡Me la llevo a mi castillo!... ¡Que venga ahora el conde! -Pues vamos, vamos al instante.

ISELA. -Aguardad, despediré al calesero; le pagaré.

MARQUÉS. -No, no hay necesidad..., yo le buscaré, le pagaré por vos..., aquí tengo... (Saca un bolsillo, toma de él unas monedas y el resto se lo da a ella.) Guardaos esos cien ducados a cuenta...

ISELA. -(Aparte.) ¡Cien ducados!

MARQUÉS. -Y vamos, vamos..., el birlocho está enganchado...

Escena XVI

Dichos, EL CONDE.

CONDE. -(Restallando el látigo.) Patroncita, ¿qué es eso?, ¿adónde os largáis ahora? Vengo a deciros que las mulas están enganchadas.

ISELA. -Es que ya no os necesito.

CONDE. -¡Cómo que no me necesitáis! ¿Qué significa esto?

ISELA. -Esto significa que me voy con el señor.

CONDE. -(Aparte.) ¡Cómo diablos se habrá gobernado!... -¿Con el señor?... ¡Pues ya!

ISELA. -¡Cómo pues ya!

CONDE. -Lo dicho..., con un entremetido que me viene a camelar mis parroquianos.

ISELA. -¡Camelar!... ¡Ay, qué término tan de cuadra! El señor no es ningún entremetido..., es persona muy conocida..., es dueño de un castillo adonde voy yo con él.

MARQUÉS. -Y voluntariamente..., sin violencia: que lo diga ella misma.

ISELA. -Por supuesto. Y en su birlocho..., ¿lo oís?; en un birlocho donde no echaré los bofes como en vuestra calesa.

CONDE. -¡Bueno será el birlocho! En fin, es muy mal hecho venir a quitarle a un pobre sus parroquianos... y hacerle perder su viaje.

ISELA. -Eso no; os voy a pagar el viaje por entero.

MARQUÉS. -No, no; eso me toca a mí. ¿Cuánto se os debe?

CONDE. -(Aparte.) ¡Andad al infierno! -Señorita, eso no puede quedar así. Vos habéis ajustado el viaje..., y lo ajustado, ajustado; es preciso que hagáis el viaje.

ISELA. -¡Se ha visto cabeza más dura! ¿Pues no se os paga por entero?

CONDE. -(Con calor y en su tono natural.) Y el placer de estar a vuestro lado, de contemplaros, de admiraros..., ¿quién me lo paga?

ISELA. -(Sorprendida.) ¡Qué!... ¡Cómo!... ¡Qué lenguaje!...

CONDE. -(Aparte.) ¡Ay, que se me ha ido la mula! -Digo, patroncita, que nosotros miramos más la honra y el aquel... que no las monedas..., ¿estamos?... ¡Voto va bríos!

ISELA. -¡Ahora echa votos!... ¡Esa no cuela!... Aquí hay misterio... ¡Se ha turbado!... Vos no sois calesero... ¡Este hombre no es calesero!...

MARQUÉS. -(Aparte al conde.) Ya veis que yo no os he descubierto.

CONDE. -¡Cómo que no soy calesero!... Pues entonces ¿qué soy?

ISELA. -Eso es lo que yo quiero saber. Porque ya mi reputación está comprometida delante de este caballero..., que sospechará...

MARQUÉS. -¡Yo, señora!...

ISELA. -¡Responded..., responded, calesero equívoco! ¿Qué disfraz es ese?... ¿Sois acaso algún amante encubierto?

CONDE. -¡Un amante... yo!

ISELA. -¡Toma!, como de esos que he leído yo en las novelas.

MARQUÉS. -¡Yo no digo nada!

ISELA. -(Aparte.) ¡Se turba!... ¡Es un amante!... ¡Un amante que ha intentado un rapto! -Decid, decid, ¿quién sois?... ¿Cuáles son vuestros proyectos?... ¿Tratabais de seducirme?

MARQUÉS. -(Con hipocresía.) ¡Oh! ¡No me atrevo a creerlo! -(Aparte al CONDE.) Si salís de esta, digo que...

CONDE. -(Con tono sentimental.) ¡Ah, señora!... ¡Qué error es el vuestro!... ¡Ah, si me conocierais..., cuánto os pesaría de haber alimentado esas injustas sospechas!...

ISELA. -Esas no son más que frases..., y yo quiero una respuesta categórica.

CONDE. -Pues bien: ya no es tiempo de fingir... Así que nos quedemos solos..., sin testigos...

ISELA. -¡Solos!... ¡Qué descaró!

MARQUÉS. -¡Inaudito!

ISELA. -¡Yo sola con él!... Es decir..., lo que se llama una entrevista...

MARQUÉS. -Justamente.

CONDE. -¡Señora, mi honor lo exige!

ISELA. -¡Eso es!... ¿Y el mío?

MARQUÉS. -Pues: el honor de esta señora...

CONDE. -No corre ningún riesgo. ¡Pero yo necesito justificarme a sus ojos..., necesito desvanecer injustas prevenciones..., y para declararla la verdad entera y desnuda..., para obtener su aprecio y su confianza, sólo la pido diez minutos de audiencia!

MARQUÉS. -(Aparte.) ¡Qué demonio de mentira habrá inventado!

ISELA. -¡Diez minutos!

CONDE. -Ni uno más.

ISELA. -¿Vais a hablarme de amor?

CONDE. -¡No, señora!

ISELA. -¡Yo apuesto a que sí!

CONDE. -¡Yo os juro que no!

ISELA. -¡Lo veremos! Bien entendido que si se os escapa una sola frase amorosa, llamo al instante al señor, cuya formalidad y sanas intenciones tengo muy conocidas.

MARQUÉS. -¡Oh, seguramente! Pero recordad que mi tía nos está

esperando..., no podemos desperdiciar un día...

I SELA. -¡Diez minutos no más!

MARQUÉS. -Pero vais a exponer vuestro recato.

I SELA. -¡Oh, en diez minutos!... Veréis cómo lo confundo... Su turbación me dice que miente... Es un galán oculto..., me va a hacer una declaración... ¡Seguro!

MARQUÉS. -Razón más para huir de él.

I SELA. -¡Qué! ¡No hay miedo! Y vos estaréis ahí..., cerca de nosotros...

MARQUÉS. -¿Pero y si se propasa?...

I SELA. -Gritaré... ¡Oh! No sabéis quién soy yo... ¡Gritaré de lo lindo!

MARQUÉS. -(Aparte.) ¡Vamos!... Con tal que grite... (Sacando el reloj.) Conque diez minutos, ¿eh?... (Aparte.) No es mucho tiempo... -Pues Señor, convenido: me voy.

Escena XVII

EL CONDE, I SELA.

I SELA. -(Aparte, mientras el conde va al foro.) Veremos los rodeos y las disculpas que emplea para atraerme... ¡Pero a buena parte viene!

CONDE. -(Viniendo hacia ella con exaltación.) ¡Al fin estamos solos!... ¡Ven..., ven a mis brazos!...

I SELA. -(Retrocediendo asustada.) ¡Qué es esto!... ¡Se ha vuelto loco!...

CONDE. -¡Ven..., ven a abrazarme!

I SELA. -¡Quieto..., quieto..., o doy voces!

CONDE. -¡Cómo!... ¿No te dice nada el corazón?...

I SELA. -¡Nada..., ni esto!...

CONDE. -¡Cielos! Qué..., ¿será una quimera la voz de la sangre?... ¡Esta joven no reconoce a su hermano!...

I SELA. -(Sorprendida.) ¿Vos... mi hermano?

CONDE. -¡Chist!... ¡Silencio!...

I SELA. -¡Mi hermano!... ¡Será posible!...

CONDE. -(Con calor y prisa.) ¡He aquí el secreto que no quería revelarte todavía, y que ahora deposito en el arcano de tu pecho! Proscrito y fugitivo de la corte por intrigas palaciegas y rivalidades de familia, he vivido desde mis tiernos años pobre y oscuro lejos de Nápoles. Muertos nuestros padres en el destierro, fuiste tú enviada a la corte al cuidado de una mujer mercenaria...

I SELA. -¿La tía Colasa?...

CONDE. -Justo. La tía Colasa. Con encargo de que te educase...

I SELA. -¿Para costurera?...

CONDE. -Eso es. Pero el horizonte se ha despejado..., la familia rival de la mía ha caído en desgracias... El rey, desengañado, pregunta ya por nosotros..., quiere volvernos el honor..., los títulos..., los inmensos bienes que perdimos..., ¡todo!... Pero el tesoro mayor para mí es una hermana adorada..., y esta hermana eres tú.

I SELA. -¡Yo!

CONDE. -¡Sí; tú!

I SELA. -¡Yo!

CONDE. -¡Hermana mía!...

ISELA. -¡Yo estoy en Babia!

CONDE. -Llego a Nápoles con este disfraz..., averiguo que todo es cierto... y me valgo de la estratagema que has visto para llevarte al castillo de nuestra familia y salir de allí juntos todos para la corte...

ISELA. -¡Por eso era vuestra prisa!

CONDE. -Y al venir a mi lado por el camino, ¿nada te revelaba este amor fraternal inspirado por la naturaleza?

ISELA. -¡Es verdad!... Os arrimabais tanto, que veníais pegadito a mí...

CONDE. -¡El amor fraternal!

ISELA. -Y al subir o bajar de la calesa, veníais a ayudarme, y yo sentía que me abrazabais...

CONDE. -¡Pues!... ¡El amor fraternal!

ISELA. -¡Dios mío!... ¡Conque sois mi hermano!... Pero yo que nunca he conocido padres..., decidme... ¿qué apellido es el de nuestra familia?

CONDE. -¿Quieres saberlo?

ISELA. -¡Sí, sí..., decídmelo!

CONDE. -¿No has oído nunca hablar..., no has leído en algún libro el nombre y las hazañas del famoso Héctor Fieramosca?

ISELA. -¿Fieramosca..., Fieramosca?... Sí, sí..., en una novela...

CONDE. -Pues ese es el nuestro, hermana: nuestra casa cuenta duques, príncipes, marqueses. Y yo soy ahora el conde Héctor de Fieramosca, descendiente y jefe de esa familia.

ISELA. -(Admirada.) ¡Un conde!

CONDE. -¡Sí!... Y aquí a tus ojos me despojo de este vil disfraz... y me presento tal como soy. (Quítase el capote y queda en su traje.)

ISELA. -(Loca de gozo.) ¡Un conde!... ¡Y yo condesa!... ¡Dios mío..., Dios mío!... ¿Qué es lo que me pasa?

CONDE. -¡Y nos tutearemos los dos!...

ISELA. -¡Tutearnos!...

CONDE. -¡Entre hermanos!...

ISELA. -Corriente..., si tú lo quieres...

CONDE. -¡Oh, colmo de felicidad!...

ISELA. -¿Conque soy condesa?

CONDE. -¡Sí!... Y en prueba de ello, recibe este anillo de brillantes que mi madre te legó a su muerte.

ISELA. -¡Ay! ¡Qué gordos!...

CONDE. -Vale mil ducados lo menos.

ISELA. -¡Yo estoy loca!... ¡Yo condesa..., yo con este anillo! ¡Ya estoy rabiando por contárselo a todo el mundo!...

CONDE. -¡Al contrario, hermana!... ¡Es necesario guardar sobre esto el más profundo secreto!

ISELA. -¿Por qué?

CONDE. -Porque nuestros rivales trabajan aún ocultamente en la corte..., y es preciso que se ignore nuestra llegada hasta que estemos en la misma presencia del rey.

ISELA. -¿Y yo también he de ir a palacio?... ¡Qué gusto! Iré con vestido de cola, ¿no es verdad?

CONDE. -Sí, de cola.

ISELA. -Yo me le haré para mí... ¡ya que he hecho tantos para otras!

CONDE. -Pero hasta entonces, júrame, hermana, guardar silencio...

I SELA. -No diré esta boca es mía.

CONDE. -¡Y dame un abrazo!...

I SELA. -¡Sí, sí!... (Se abrazan estrechamente.)

Escena XVIII

Dichos, EL MARQUÉS, JENARO, por distintos sitios.

MARQUÉS. -¡Qué veo!

JENARO. -¡Santo Dios!

CONDE. -(Sacando el reloj.) Diez minutos justos. Estoy en regla.

MARQUÉS. -¡Cómo, señora!...

I SELA. -Qué queréis..., yo...

CONDE. -(A I SELA.) ¡Silencio!

MARQUÉS. -¿Os ha dicho quién es?

I SELA. -Sí señor.

MARQUÉS. -Que es el conde Héctor...

I SELA. -(Con dignidad.) ¡De Fieramosca!

CONDE. -(Con calma.) Todo lo sabe ya.

MARQUÉS. -(Aparte.) ¡No poder yo saber lo que la ha dicho!

CONDE. -(A I SELA.) Voy a mandar que nos preparen un coche..., partiremos juntos..., y ahora mismo, ¿no es cierto?

I SELA. -Como tú dispongas.

MARQUÉS. -¡Y lo tutea!

JENARO. -(Tapándose los oídos.) ¡Quisiera estar sordo!...

CONDE. -(Llevándola de la mano a su cuarto.) Entretanto espérame en tu habitación..., aquí vendré a buscarte. (Llegando a la puerta.) ¡Ah, vuelve a mis brazos!

I SELA. -(Abrazándole.) ¡Con todo mi corazón!

MARQUÉS. -¡Y se abrazan!...

JENARO. -(Tapándose los ojos.) ¡Quisiera estar ciego!

I SELA. -(Mirando con cariño a JENARO.) ¡Y el pobre Jenaro!...

(Éntrase en su cuarto.)

CONDE. -(Aparte al MARQUÉS, yéndose.) Carísimo marqués, si salís de esta, sois un héroe... Y os dejo el campo libre..., ya lo veis. ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! (Vase.)

MARQUÉS. -(Aparte.) ¡Pues señor..., estoy derrotado! No hay remedio..., me largo antes que lleguen los compañeros y me silben... Voy a mi cuarto por la capa..., y corro a unirme a la guardia. Por vida de... (Vase.)

Escena XIX

JENARO. Luego, I SELA.

JENARO. -¡Yo estoy soñando!... ¡Yo tengo pesadilla! ¡Lo he visto con mis ojos..., con mis propios ojos..., y aún no lo creo!...

I SELA. -(Aparte, entreabriendo la puerta.) ¡Él es!... ¡Está solo!... ¡Voy a consolarle..., a darle el último adiós!... ¡El ser condesa no quita...; al contrario..., mientras más señora... más sensible! (Acercándose.) ¡Jenaro!

JENARO. -¡Ella es!... -¡Dejadme!... ¡Os aborrezco!...

I SELA. -¡Ingrato!... ¡Yo que salgo de Nápoles pensando en ti..., yo que hago parar aquí la calesa sólo por verte!...

JENARO. -(Gozoso.) ¡De veras..., Isela mía!... Y yo pensaba... ¡Ah!

¡Soy un culpable..., soy un ingrato!... (Cambiando de tono y con rabia.)

¡Soy un borrico..., que ya me olvido de lo que acabo de ver!...

ISELA. -Lo que acabas de ver, Jenaro..., son metamorfosis...

JENARO. -¡Sí!... ¡Buenas metamorfosis!... Con un calavera que se toma libertades..., que sólo yo hasta ahora...

ISELA. -¡Chist!... No cuentes eso..., que ya soy condesa...

JENARO. -¿Tú?

ISELA. -¡Adiós!... ¡Ya se me escapó! Pero no importa... tú eres un muchacho callado, Jenaro... ¡No se lo cuentes a nadie!

JENARO. -¡Déjame en paz!... ¡Sí, condesa!... Te has tragado el anzuelo..., ya va casándose contigo el conde Héctor...

ISELA. -Por supuesto que no: ni aunque quisiera...

JENARO. -No serás más que su querida.

ISELA. -(Con dignidad.) ¿Qué es eso, Jenaro?... ¿Sabéis a quién habláis?... ¡Si no fuera porque es un secreto..., con una sola palabra os haría caer a mis pies!

JENARO. -¿Con una palabra?... ¡Pues ya!... ¡Ni con ciento!...

ISELA. -¡Incrédulo!... ¡Pues bien: yo no quiero perder contigo mi estimación! ¡Confúndete... y sabe...!

JENARO. -¿Qué?

Escena XX

Dichos, EL MARQUÉS.

MARQUÉS. -(Aparte, saliendo con la capa sin ser visto.) Vámonos de aquí.

ISELA. -¡Sabe, pues, que soy su hermana!

JENARO. -¿Su hermana?

MARQUÉS. -¡Su hermana!...

ISELA. -(Viendo al MARQUÉS.) ¡Adiós!... ¡Ya lo ha oído el otro: lo va a saber todo el mundo!

MARQUÉS. -(Aparte.) ¡Su hermana! ¡Quién diablos había de adivinar!... -¡Cómo, señora! Vos sois hermana del conde Héctor...

Escena XXI

Dichos, EL CONDE.

CONDE. -De Fieramosca. Sí, señor... Yo quería ocultarlo..., pero una vez que sabéis mi título..., permitid que os presente a mi hermana..., a la condesa mi hermana.

MARQUÉS. -(Saludándola profundamente.) ¡Señora condesa!...

ISELA. -(Con una reverencia.) ¡Caballero!...

JENARO. -¿Pero es esto posible?...

MARQUÉS. -¡Sí, amigo Jenaro, sí!... ¡Es la pura verdad! ¡Cómo, mi querido Héctor! ¿Esta señorita es aquella niña misteriosa... criada con tanto misterio... y cuya ausencia hemos llorado juntos tantas veces?...

CONDE. -Sí, mi querido Eduardo..., la misma... (Aparte al MARQUÉS.) ¡Así me gusta!... ¡Guerra legal!

MARQUÉS. -¡Ah, cuánto es mi gozo al verla en los brazos de su venerable hermano!... ¡Tanto más, cuanto que ese hallazgo es para mí más precioso aún que para vos!

CONDE. -¡Cómo!... ¡Qué!...

ISELA. -¿Qué queréis decir?

MARQUÉS. -Escuchadme..., escuchadme..., y os lo explicaré sucinta y

verídicamente.

CONDE. -(Aparte.) ¡Habría hallado este demonio una mentira más gorda que la mía!

MARQUÉS. -Ya os acordáis, carísimo conde, que nuestras dos familias de Fieramosca y de Rosental se hallaban unidas por los lazos de la amistad y de la política. Para estrecharlos más, resolvieron, cuando el nacimiento de esta señorita, poner en práctica el notorio privilegio concedido a las altas familias.

CONDE. -(Aparte.) ¿Adónde irá a parar?

MARQUÉS. -Se obtuvo la dispensa de Roma..., la autorización del rey..., y una noche ambas familias se reunieron en la gran capilla de vuestro palacio... Allí con magnífica pompa me llevaron a mí... Esta señorita no tenía más que veinte días..., estaba en su cuna... ¡Aún me parece que lo estoy viendo todo!... Pusieron su tierna mano entre la mía, y la bendición del prelado nos unió para siempre. ¡Ah, yo no tenía más que ocho años entonces..., y no podía apreciar el tesoro que se me entregaba! En fin, ya podéis acordaros..., tenéis la misma edad que yo..., el matrimonio quedó hecho con todas las formalidades necesarias..., de modo que esta señora es mi esposa.

CONDE. -(Aparte.) ¡Su esposa!

ISELA. -¡Yo casada!

JENARO. -(Aparte.) ¡Sólo esto me faltaba!

MARQUÉS. -Pongo por testigo al conde... ¡a vuestro propio hermano!... Que hable... que declare la verdad... Estoy seguro de que no me desmentirá... (Mirando al conde.) ¿Eh?... ¿Supongo que no me desmentiréis?...

CONDE. -(Aparte.) ¡Maldito convenio! -¡Ciertamente, yo no puedo desmentirlo!...

MARQUÉS. -Ya lo oís... Él lo corrobora...

CONDE. -Pues bien..., para poderlo hacer constar..., es preciso que digáis dónde está el contrato de matrimonio que prueba que mi hermana es vuestra esposa.

MARQUÉS. -¿Dónde está?... A la vuelta de la fe de bautismo que prueba que mi esposa es vuestra hermana.

CONDE. -¡Eso es verdad!

MARQUÉS. -Ahora bien, marquesa de Rosental, seguid a vuestro esposo.

JENARO. -(Aparte.) ¡Dios mío!...

ISELA. -¡Yo marquesa!... ¡Yo marquesa!...

CONDE. -Dos palabras, marqués, dos palabras solamente.

MARQUÉS. -¿Qué queréis?

CONDE. -Vuestros derechos de esposo son tan sagrados como los míos de hermano.

MARQUÉS. -¡Esa es mucha verdad!

CONDE. -Y ya podéis conocer que la alta categoría de mi hermana, las leyes de la etiqueta... y sobre todo su pudor..., su pudor, que es la prenda que más sobresale en ella...

MARQUÉS. -Bien, ¿qué?

CONDE. -Todo esto exige que yo no os la entregue, sino en presencia de la familia reunida...

MARQUÉS. -Pero...

CONDE. -(Trayéndosela de la mano a su lado.) Así, pues, dentro de seis u ocho días os haré la entrega...

MARQUÉS. -(Aparte.) ¡Seis u ocho días!... A buen tiempo. -¡No, señor! ¡No consiento en eso!... (Trayéndosela de la mano.) ¡A mí me corresponde mandar!

CONDE. -(Ídem.) ¡Yo soy el jefe de la familia!

MARQUÉS. -(Ídem.) ¡Una esposa pertenece exclusivamente a su esposo!

CONDE. -(Ídem.) ¡Un hermano mayor tiene entero poder sobre su hermana!

MARQUÉS. -(Ídem.) ¡En nombre de la moral!...

CONDE. -(Ídem.) ¡En nombre del decoro!...

MARQUÉS. -(Con calor.) ¡Yo defenderé mis derechos!

CONDE. -(Ídem.) ¡Yo defenderé los míos!...

MARQUÉS. -¡Ella ha de venir conmigo!...

CONDE. -¡No ha de venir sino conmigo!

MARQUÉS Y CONDE. -(Coléricos.) ¡Conmigo..., conmigo!...

ISELA. -(Poniéndose aterrada entre los dos.) ¡Dios eterno!... ¡Dos hermanos políticos!... ¡Ah! ¡Deteneos..., deteneos!...

MARQUÉS. -¡Pues bien..., que ella decida!...

CONDE. -¡Que decida!

ISELA. -(Mirando alternativamente a uno y a otro.) ¡Hermano!... ¡Esposo!... (Aparte.) ¡Qué compromiso! -¡Bien!... Yo seguiré...

MARQUÉS Y CONDE. -¿A cuál?

ISELA. -¡A mi esposo!

CONDE. -¡Cómo!

MARQUÉS. -(Tomándola del brazo. Aparte.) ¡Yo he ganado! -Vamos, vamos...

CONDE. -¡No lo permito!... ¡Señorita, obedeced a vuestro hermano!

ISELA. -¡No!... ¡Primero es mi esposo!... ¡Adiós!...

MARQUÉS. -Es verdad..., primero es el esposo..., vámonos... (Llevándosela.)

CONDE. -(Aparte.) ¡Y he de llevar yo la grita!... ¡No, voto al diablo!... La llevará él también. -Una vez que os empeñáis en seguirle..., quiero echarlo todo a rodar... Sabed...

MARQUÉS. -¡Conde!...

CONDE. -¡No hay conde que valga!... Sabed que todo es un farsa de ese señor..., que no es vuestro marido ni sueña en ello..., que es un individuo de la sociedad de los trece.

ISELA. -(Huyendo de él y echándose en brazos del conde.) ¡De los trece!... ¡Qué horror! ¡Ampárame, hermano mío!

MARQUÉS. -¡Qué es eso de hermano!... Puesto que se ha roto el convenio..., sabed también...

CONDE. -(Llevándosela.) ¡Vámonos, hermana!...

MARQUÉS. -Sabed que tampoco el señor es vuestro hermano como no sea por Adán..., y que es digno compañero mío en la sociedad de los trece.

ISELA. -(Huyendo de él.) ¡También él! ¡Pobre de mí!... ¡Dónde me refugiaré!...

JENARO. -(Abriéndola los brazos.) ¡Aquí..., aquí!...

ISELA. -(Echándose en sus brazos.) ¡Ah, mi Jenaro!...

CONDE. -¡Calla!... ¿Esas teníamos?

MARQUÉS. -¡Sí!... Este es el vencedor. Has triunfado de dos enemigos temibles, y tan heroica acción merece recompensa. Cuenta con los mil ducados de dote.

CONDE. -Cuenta con otros mil. Y la cena...

MARQUÉS. -No hay escape..., la pagaremos a medias.

CONDE. Vuestro ingenio lo merece:
venid, venid a cenar.

MARQUÉS. Y os aplaudirá a rabiar
la sociedad de los trece.

JENARO. Por mí..., si a ti te parece...

ISELA. ¿Y qué hemos de hacer allí?

No: los aplausos a mí
no me gustan, en verdad,
sino de una sociedad.

CONDE Y MARQUÉS. ¿Cuál?

ISELA. -(Al público.) La que se junta aquí.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

